

# Los Sacramentos del Señor Crucificado.

Búsqueda de su iniciación mistagógica en el corazón de su Iglesia.

Documentación. Papeles para el camino 94-95.

## LOS SACRAMENTOS DEL SEÑOR, SACRAMENTOS DE LA FE. Aproximación a un discernimiento apostólico

### 1.- Los primeros pasos hacia la iniciación viva.

- Contexto histórico-ecclesial 70-75. Transición y recepción.
- La gran catequesis bíblica de fondo. Las cuatro miradas: El Señor, su iglesia, su reino, su camino.
- La empeñada catequesis continúa de niños y jóvenes.
- La familia y la comunidad, marco vivo para la iniciación.
- La concentración cristológica desde la palabra en el ritual.

- La inviabilidad por causa de la  
“fe interpelada”.

### 2.- El largo camino de la misericordia.

- Contexto histórico-ecclesial 75-85. La “sociedad de consumo”.
- Eucaristía, centro y cumbre. Camino mistagógico del año litúrgico.
- Hacia el “catecumenado” en el corazón de las comunidades.
- La “fraternidad apostólica”, por el camino del seguimiento.
- El “giro mistagógico” en la evangelización de los niños y jóvenes.
- La acogida misericordiosa y paciente en gratuidad y libertad.
- La propensión al cumplimiento formal y reducido de “los requisitos”.

La inviabilidad por causa de  
la “fe perdida”.

### 3.- El largo camino de la fidelidad.

- Contexto histórico-ecclesial 85-95. Gravísimos riesgos.
- Permaneciendo en el centro y en la cumbre de la cena del Señor.
- La catequesis mistagógica de las Constituciones del Vaticano II.
- La catequesis mistagógica de los “sacramentos del Señor” en el corazón de la eucaristía.
- La catequesis mistagógica de la “vacación laical”, en la iglesia de comunión/en el mundo.
- Los “consejos pastorales abiertos”, desde la documentación integral del Concilio y del postconcilio.
- El presbiterio de la iglesia de zona, corro común para el diálogo y el discernimiento desde el camino.
- Una pista sencilla y viva en “calve catecumenal” (RICA).
- La fiesta de la vida, que reclama “la legitimación sacramental” del paganismo postcristiano.
- ¿Nos encontramos ante una situación de “status confesiones”?
- La palabra apostólica, página nueva de gracia irrastreable.

La necesidad de la “fe suplicada”.

Primera preguntas al iniciar el discernimiento.  
Hacia la Pascua del Señor 95

# 1. “Dejad que los niños vengan a mí” (Mc 10,14)

27/11/94

A los padres de los niños que desean prepararse para la primera comunión.

Nadie amó nunca tanto a los pequeños como Jesús nuestro muy amado Hermano y Señor. Es el mismo quien nos hace a nosotros la misma llamada que hizo a los padres de los niños y a los discípulos que caminaban con Él, cuando caminaba por pueblos y aldeas y hacía el gran corro de hermanos, en torno suyo. “Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impedáis, porque de los que son como ellos es el Reino de Dios” (Mc 10, 14). Esta llamada ha resonado en nuestros corazones y nos disponemos con gran alegría a acogerla para caminar con ellos, hasta que se sienten a su Mesa, junto a Él. Es a Él mismo a quien acogemos. El Evangelio cuenta que un día, delante de sus apóstoles, “tomando un niño lo puso en medio de ellos, lo estrechó entre sus brazos y les dijo: “el que acoge a un niño como este en mi nombre, me recibe a mí” (Mc 9,16-17) ¡Dichosos de vosotros si al oír su llamada abrimos de par en par nuestro corazón, para acoger a nuestros pequeños, con la misma misericordia del Señor! Ellos son para nosotros el rostro de Jesús y nosotros para ellos. El camino hacia la primera comunión es un tiempo de gracia irrastrable para todos, para avanzar juntos en el camino en este amanecer de Pentecostés.

Vosotros sois ahora los principales responsables de los niños. En principio debéis pedir vosotros, cada familia, padre y madre, a la Iglesia, nuestra familia común, la primera comunión para vuestros hijos. Antes, cuando parecía que todos éramos cristianos, la comunidad podía preparar la primera comunión en su encuentro comunitario. Ahora en esta nueva evangelización, marcada por la gratuidad del Evangelio, hemos de comenzar por una petición personal. A mí me corresponde de parte del Señor, deciros la misma pregunta del día del Bautismo “¿Qué pedís a la Iglesia para vuestro hijo?”. No os sintáis obligados a venir obligados por la presión social o por la vieja costumbre. Sólo si lo sentís dentro del corazón y deseáis acercar a Jesús a vuestros hijos. Él siempre invita con inmenso cariño y respeto. “Si quieres...ven y sígueme” (Mt 18,21)

Cuenta Juan en su Evangelio que cuando los discípulos se acercaban a Él para seguirle, les acogía para un diálogo personal, íntimo y sereno. “Jesús se volvió y al ver que le seguían, les dice: “¿Qué buscáis?”. Ellos le respondieron: “Maestro, donde vives?”. Les respondió: “Venid y lo veréis”. Fueron, pues, donde vivía y se quedaron con Él aquel día” (Jn 1,35.39). Este encuentro personal con él nos es necesario. Si decidís libremente acercara vuestros hijos a la mesa, hemos de encontrarnos a su lado, padre y madre, en la casa parroquial, o en vuestra casa. Donde mejor podamos hablar a corazón abierto, con gran sinceridad e intimidad, para compartir inquietudes y dificultades, para buscar caminos que respondan al acompañamiento personal de vuestros hijos, que habrá de ser también comunitario. También debemos encontrarnos a solas con vuestros hijos, para preguntarles de parte de Jesús: “¿Qué buscáis”? Escuchar los latidos de su amor al Señor y las dificultades y esperanzas que sienten ante el camino que se nos abre. A mí me tenéis a vuestra entera disposición. Y ¡Cuánto

agradezco que me ayudéis a convertirme, para dejar transparentar mejor el rostro del que nos amó!

Después de los encuentros personales tendremos encuentros comunitarios para hacer un camino común. Cuando Jesús les dijo “Venid y lo veréis” los llevó a la casa donde vivía en fraternidad, donde iba agrandando poco a poco la fraternidad para salir juntos al camino de la misión. Unos van pasando la noticia a otros y se agranda el corro y se alarga el camino (Jn 1,40-51). Los pequeños en la primera hora del Evangelio se acercan a Jesús, llevados de una mano por sus padres y de otra por los discípulos, los que desde más cerca podían acercarlos a Jesús. Este camino tan sencillo y tan admirable se nos abre delante en nuestras pequeñas comunidades. El Señor con su Espíritu nos irá reuniendo y conduciendo. Vosotros mismos tenéis que sugerir lo que el Señor os haya dicho al corazón, pues él revela sus secretos a los más pequeños, los que siempre ama un poco más (Mt 11,25-30).

Al haber escuchado la larga catequesis sobre la Cena del Señor y al haber participado muchos de vosotros en el Consejo pastoral abierto en medio de la Iglesia, habéis comprendido que la Eucaristía es el centro y la cumbre, el arranque y el término de todo nuestro camino. Habéis comprendido como todos los sacramentos manan de la Eucaristía y como todos se deben preparar y celebrar en el corazón de la Eucaristía, a lo largo del Año litúrgico, en el que el mismo Señor va haciendo presente el camino de sus misterios, para que nosotros alcancemos la plenitud del amor y de la vida. Es necesario, pues, para preparar la primera comunión que los niños se sienten todos los domingos a esta Mesa común, a escuchar al Señor su Palabra, a verlo partir el Pan, a verse rodeados de su gran familia de hermanos, a prender el camino del seguimiento, a acoger los gozos y las lágrimas de todos los hombres que resuenan allí. El gesto que mas expresa la voluntad de un hermano, pequeño o grande, para pedir un sacramento, es venir a esta Mesa del amor, “signo de unidad, vínculo de caridad”, “en la cual se come a Cristo, se recuerda su pasión y se nos da una prenda de la gloria futura”.

La experiencia nos enseña el gran bien que los padres hacen a sus hijos cuando van con ellos a la Eucaristía. Incluso cuando se sientan a su lado. Y los pequeños los ven escuchar, acoger, hermanarse y comprometerse en el corro grande de la mesa común. Es un amana sencilla de decirle: “Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29.36). “Dichosos los invitados a la Cena del Señor” Y ¡que gran bien les hacen si después de salir de la Eucaristía, aman a todos con el amor que el Señor nos tiene y hacen de la casa “una iglesia en familia”, con mesa grande, puerta abierta y acogida entrañable! La gran catequesis de la primera comunión se hace en camino. De la mesa al camino y del camino a la mesa. Así podemos abrir las páginas del Evangelio sobre la Cena del Señor poniendo luz ardiente en el amor, que ya se ha encendido en puestos corazones.

La casa común de la Parroquia es vuestra. Aquí me tenéis a vuestra entera disposición, “como siervo vuestro por Jesús” (2Cor 4,5). Con el deseo humilde y firme de que vuestros pequeños puedan decir un día: “¡Gustad y ved que bueno es el Señor! ¡Dichoso el que se acoge a Él!” (Salmo 33,9)

Paz y gozo suyo. Vuestro hermano. Marcelino

## 2. “Dejad que los niños vengan a mí” (Mc 10,14)

18/12/94

A los padres de los niños que desean prepararse para la primera comunión.

La carta que os escribí hace unas semanas era una explicación sencilla de esta palabra de Jesús dicha a sus discípulos. “Dejad que los niños se acerquen a mí”. Y es que estamos volviendo a la primera hora del Evangelio. Lo que era una costumbre venerable, se ha convertido ahora en una nueva hora de gracia. Antes todos los padres, al empezar sus hijos a crecer, se sentían obligados a sentarles a la Mesa del Señor, como sus padres habían hecho con ellos. Era una gran fiesta en la Iglesia, la familia grande, y también en casa, la familia pequeña. El mundo de hoy, tan apasionante, ha abierto a nuestros pueblos, la posibilidad de hacer otra vida distinta de la vida cristiana. La Iglesia, nuestra madre, ha respetado con gran respeto las decisiones de cada hermano. El Evangelio de la gracia, la novedad de Jesús, el secreto de esta nueva evangelización, es un ofrecimiento gratuito, sin ninguna forma de imposición, que hace posible, favorece y acompaña la decisión libre. ¿Conviene que celebremos la primera comunión como antes, en una costumbre, que según se ve, tiene mas de fiesta social, que de encuentro vivo y transformador de los pequeños y de nosotros con el Señor? Las palabras de Jesús “dejad que los niños se acerquen a mí”, nos invitan a volver a la primera hora del evangelio, precisamente para ofrecer esperanza viva a vuestros hijos, en este amanecer nuevo de la aventura humana.

¿Está amaneciendo o cae la noche? Seguro que diréis, que a vuestros hijos les toca vivir un mundo mejor que el vuestro. Y efectivamente, no les ha tocado vivir tantas estrecheces y penalidades, como sufristeis vosotros. Tienen un futuro más luminoso, para abrirse camino en la sociedad. Pero ya veis también con vuestros ojos, que el hambre y la droga están a la vuelta de la esquina. Las gravísimas injusticias de este mundo nuestro, con el abismo de la desigualdad y la pelea de la competencia, hacen que no sepamos bien si a vuestros hijos les aguarda la esperanza o la desesperanza, la colocación o la marginación, el triunfo o el fracaso. El basurero crece y la sangre cada día mancha más la tierra. Tal vez si algo urge para vuestros hijos en este amanecer, desde la ardiente oscuridad de la noche, es una chispa de amor vivo en el corazón, para que puedan vencer el mal a fuerza del bien, esperando contra toda esperanza, y pasando la alegría de ser hombres nuevos a un mundo que vivirá cada vez mas los dolores de un nuevo nacimiento. Aquí situamos precisamente hoy la invitación de Jesús. Por causa de vuestros hijos, por la fe que les pueda poner en pie, por el amor inquebrantable que mana en sus corazones, por la esperanza que nadie les pueda arrebatarse, nos disponemos a esta nueva aventura de acercarlos a Jesús, acompañándolos nosotros mismos en este acercamiento.

Ahora comprendéis las pistas sencillas de este nuevo camino hacia la primera comunión. Estas cartas y las grabaciones del Consejo de pastoral os ayudarán a descifrarlas con facilidad y os irán llenando de alegría.

- La fuente del Amor. ¿Dónde se encuentra el manantial inagotable del Amor vivo, que buscamos para ellos? En la Eucaristía del domingo. Allí está Jesús, poniendo la mesa en sus manos abiertas y heridas. Allí nos entrega todo el amor de su Espíritu, en la Palabra y el Pan. Su corazón abierto es el hogar del fuego, es manantial del agua, la llama de amor viva. Ya desde ahora vuestros hijos, acompañados de vosotros, deben sentarse a esta Mesa cada domingo, y hacer de ella, el centro y la cumbre, el arranque y el término del camino. La gran primera catequesis sucede allí.

- El camino del amor. Para acoger este amor, que nos entrega, vuestros hijos y nosotros con ellos, hemos de hacer tres experiencias vivas muy sencillas y hondas al tiempo. Aprender juntos a orar, aprender juntos a compartir, aprender juntos a servir. Algo parecido a lo que vosotros vivís en casa. No dais a los pequeños muchas lecciones, pero los allegáis a vosotros en cercanía íntima, les ayudáis a hermanarse con sus hermanos, y les animáis a entrenarse en el sacrificio con todos y con los mas pequeños sobre todo. Es así como pasa a sus corazones el amor, que les entregáis en la mesa. Esto que vivís es una sencilla parábola, de lo que Jesús, nos ofrece cuando nos dice “venid y lo veréis”.

- La luz en el Amor. Pero vosotros también algunos días, os sentáis con ellos, para darles algunas explicaciones. Les contáis toda la historia del amor, que les habéis tenido y le explicáis algunos gestos de cariño, que les habéis entregado en momentos cruciales de su vida. Así también nosotros, en esta pequeña fraternidad, que parte de la Eucaristía, en el corazón de la iglesia y del mundo, les contaremos toda la historia de amor de Jesús, que ya van viviendo y oyendo a lo largo del Año litúrgico. Y además les explicaremos el gesto insondable del Amor, del sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, a cuya mesa nos sentamos después de haber vuelto como el hijo pródigo a la mesa común, en el sacramento de la penitencia y de la reconciliación.

Estamos ante una aventura, tan antigua y tan nueva, como la hora primera del evangelio, adonde nos ha conducido el Pentecostés del Concilio Vaticano II, fuego vivo arrojado por el Señor a su Iglesia, en esta hora de la travesía. Un paño nuevo no se puede coser con un vestido viejo. Tampoco el vino nuevo se puede echar en pellejos viejos. “He aquí que hago todo nuevo”, dice el Señor. “Yo soy. No temáis. Alegraos”.

Vuestras visitas breves y sencillas, han sido una respuesta a mi carta. Con pocas palabras habéis venido a decir, “estamos aquí”. ¿Cómo podemos vernos más despacio? Hemos de encontrarnos juntos, con JESUS en medio. Padre y madre. Donde mejor podamos hablar a corazón abierto, con gran sinceridad e intimidad. Para compartir inquietudes y dificultades, para buscar caminos que respondan al acompañamiento personal de vuestros hijos, que habrá de ser también comunitario. Cuanto agradecemos vuestras sugerencias y también vuestras correcciones, si veis que nos desviamos del camino del Evangelio.

Mirad a ver en que momento podéis los dos, padre y madre, sentaros a la mesa. Donde queráis. En vuestra casa o en la casa parroquial. Decidme el lugar y las horas. Por mi parte, estoy dispuesto a cambiar en todo momento mi vida misionera. Es el mismo Señor, el que nos encuentra, nos llama y nos interpela en ellos. “El que reciba a un niño, como este en mi nombre, me recibe a mí” (Mc 9,37).

Paz y gozo suyo. Vuestro hermano.  
Marcelino.

## **Encuentro en familia**

Para preparar nuestro encuentro en familia:

- Nos pueden ayudar estas cartas sencillas: “Dejad que los niños vengan a mí”. Si tenéis a mano el evangelio, os darían mucha luz las palabras del Señor, que se citan en las cartas.

- También nos ofrecen luz los diálogos del Consejo Pastoral Abierto en medio de la Iglesia: “Los Sacramentos del Señor”. En estas grabaciones, que podéis pasar por vuestras casas, se contienen las instrucciones del comienzo y el diálogo de los hermanos de nuestras cuatro comunidades.

- Pero podéis aportar vosotros muchas sugerencias. Podéis compartirlas padres y madres, juntos, alguna noche. Pidiendo luz al Señor, para que nos enseñe su camino. Luego, comentaremos, unidos en confianza de hermanos

## “Vosotros sois mis amigos” (Jn 15, 14)

27/11/94

A nuestros amigos, que se encaminan a su matrimonio.

La aventura del amor en el noviazgo y en el matrimonio fue acompañada y transfigurada por JESÚS, EL SEÑOR, con una claridad misteriosa y nueva. Al volverse desde nosotros al corazón del Padre (Jn 1,14.18), nos contó la misericordia de sus entrañas con la imagen admirable del amor esponsal, que inaugura entre los hombres una fiesta de indecible alegría (Mc 2,19). Seguro que Él, como amigo, compartió en Nazaret, este gozo íntimo de sus compañeros más cercanos. “El que tiene a la novia es el novio; pero el amigo del novio, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz del novio” (Jn 3,29). Al sentarse con ellos a la mesa, descubrió que aquella alegría se le terminaba y que necesitaban para el camino una alegría mayor. Su madre se lo hizo notar aquel día en que fue con sus amigos a las bodas, que se celebraban en Caná. “Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y como faltaba el vino...le dice a Jesús su madre: “No tienen vino” (Jn 2,2-3). El amor esponsal que nace del corazón, aun siendo tan grande, necesita ahondarse y transfigurarse, con otro amor esponsal, que nace de su corazón abierto.

Ya en aquella boda primera, Él sugirió a su madre, delante de todos, que la alegría nueva, misteriosa, insondable, solo podía ofrecerla en “su hora” (Jn 3, 4), en aquella hora en que “habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo les amó hasta el extremo” (Jn 13,1). Efectivamente, suspendido en el madero, entregado por el Padre en nuestras manos, él mismo se entregó a si mismo a la muerte por nosotros. “Gratis, en su gracia, en su sangre” (Rom 3,24-25) “Está consumado”. “El amor ha llegado hasta el extremo”. “E inclinando la cabeza entregó el ESPÍRITU”. “Uno de los soldados, le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua” (Jn 19,30-34). Es en su corazón abierto, en donde mana el amor esponsal de la alianza nueva, que inunda, transfigura y sobre-pasa nuestro amor esponsal en el sacramento del matrimonio. “Gran misterio es este, y yo lo refiero a Cristo y su Iglesia” (Ef 1,32).

Al encontraros en el corro de nuestro consejo de pastoral sobre los sacramentos del Señor, me llené de alegría. Hemos caminado juntos mucho tiempo, al alado de Jesús, escuchando sus palabras en la tienda y rastreando sus huellas por los caminos. Ha sido una historia imborrable de fraternidad y de amistad. ¿Cómo es que habéis venido a este corro grande? ¿Queréis escuchar de nuevo el don y el encargo de Jesús, para darle vueltas en el corazón? ¿Es que Él mismo os ha sugerido en el camino que selléis vuestro amor esponsal en su sangre? El silencio y la cercanía es una palabra sencilla y expresiva. Una palabra dicha a Él, en la comunidad de los hermanos.

Ha sido Él también, quien me ha sugerido que os diga una palabra, de parte suya; o mejor que dé voz a su palabra misma. “Vosotros sois mis amigos” (Jn 15,14). Amigos son los que se quieren y se confían tanto, que se hablan a corazón abierto, compartiendo los últimos secretos del “hondón del alma”. Pero si se quieren de verdad,



se anticipan a escucharle antes. Vosotros habéis dicho a Jesús, un apalabra silenciosa, pero él, con respeto infinito, quiere escucharos antes. Ya lo habéis comprobado muchas veces, cuando en los encuentros escuchábamos el relato de Juan. “Jesús se volvió, y al ver que les seguían les dice: “¿Qué buscáis?” (Jn 1,38). Los jóvenes no encuentran a nadie que les escuche desde dentro, que abra de para en par su corazón, para escuchar “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias”, que ellos llevan dentro del suyo. Todos pasan de largo y si se detienen es para contar las historias de su propia aventura.

Jesús os dice también hoy esta palabra: “¿Qué buscáis?” ¿Por qué os acercáis a su lado a mirar su rostro a escuchar su palabra? ¿Cuál es el latido de fondo de vuestra aventura? ¿Porque ese os ocurre, al avanzar en el amor esponsal, dirigir la mirada a sus manos abiertas y heridas? ¿No os ha escandalizado y desilusionado su amor? Él quiere acogeros íntimamente, para escucharos con delicadeza, respeto y admiración. Sólo Él nos ama con la misericordia irrastreable del Padre. Nadie, pues, tan cercano para acoger, tan silencioso para escuchar, tan compasivo para comprender, tan fiel para provocar, tan entrañable para perdonar.

Tal vez deseéis permanecer en el silencio, sin responder por el momento a su pregunta. Mis letras, escritas en su nombre, no son una palabra para enjuiciaros, ni atraeros, ni incluiros, ni condicionaros. Su palabra es gracia. Por eso nunca jamás se impone ni se apuña. No se puede imponer, porque la gracia es don que se ofrece de balde, como ofrenda humilde, sencilla y gozosa. El poder humano, y sobre todo el poder cultural y espiritual, oscurece y desfigura la gracia. El poder no puede anular la gracia. Si los que hemos de extender la manos, para ofrecer la gracia en su nombre, las cerramos o las entre-abrimos buscando algún interés, la gracia nos sobre-pasa, pasa a manso de los hermanos y se escapa de las nuestras. No os sintáis, pues, ni forzados ni reclamados por vuestros padres, ni por vuestros amigos, y menos aun por mí, para responder la pregunta que con tanta delicadeza y amor os dirige Jesús a vuestros corazones, al corazón de cada uno y al de los dos, pues habéis de llegar a ser los dos uno. Deseamos en verdad que su gracia aparezca como gracia, inaugurando así esta nueva aventura de la vuelta al evangelio de la primera hora, a la misma novedad de Jesús. Sólo la gratuita gracia da origen a la libre libertad.

Esta gracia gratuita que no se impone, tampoco puede apuñarse. Es como el agua del manantial, que cuando intenta apuñarse se escapa de las manos. Ante su gracia, solo caben las manos vacías y abiertas. Ni por presión social podemos celebrar los sacramentos de su gracia, ni por lograr dar sentido a la aventura personal, que rastreamos. El apoderamiento de los sacramentos por intereses personales y comunitarios nos hace correr el peligro de que la gracia del manantial se nos escape. El abrazo de amor suyo ahí estará para siempre, pero nuestras manos cerradas no lo habrán acogido y el corazón no se inundará, ni se transfigurará, ni se sobrecogerá con el júbilo de su amor esponsal. Nos toca el tiempo tan bello de la libertad. Podemos decidir nuestra vida en nuestras manos, sin graves pérdidas ni riesgos excesivos. La autonomía del hombre hoy está alentada, sostenida y amada por el mismo Señor. Él quiere que seamos libres, pues sin libertad no podemos amar, ni acoger su amor. Si, además, queremos poner nuestras manos en las suyas, para un gesto nuevo de libertad, necesitamos pedirle que nos ayude. Para confiarnos a Él, para acogernos y entregarnos a Él, en la obediencia de la fe, necesitamos su gracia, que da origen en nosotros a la libre libertad. ¡Qué insondable encuentro! ¡Que admirable intercambio!

Los jóvenes del relato de Juan, respondieron con una palabra sencilla y humilde. “Maestro, ¿Dónde vives?” (Jn 1, 38). La palabra “Maestro” es ya una confesión de fe. Ellos se ven perdidos y solos en el camino. Nadie les acompaña, nadie pone luz ante sus pasos, nadie les sugiere al corazón la esperanza. Las palabras del viejo amigo, que le presentó a Jesús, les habían llegado al corazón. “Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29.36; Is 52,13-53,12). Este es el Hijo entregado como SIERVO, para ir delante, al lado y detrás, de vosotros. Delante para guiaros, al lado para acompañaros; detrás para cargarse con vosotros y llevaros más allá de donde erais capaces de sospechar. La palabra que le dijeron “Maestro” es una confesión de fe. “Tú, Señor, serás para nosotros el que nos guíe en el camino. Tú, serás, el camino mismo. Tú, nuestra esperanza. Tú, nuestra fortaleza. Tú, nuestra alegría. Pues Tú serás nuestro compañero y nuestra compañía. Los demás hermanos y amigos, pasan a nuestro lado, van a lo suyo y con los suyos, hablan de lo suyo. Tú te acercas y te quedas. Tú nos tomas de la mano y nos alientas y nos conduces. Pero no podemos responder a tu pregunta deprisa, mientras vamos de camino. Necesitamos sentarnos despacio contigo. Hablarnos a corazón abierto. Dialogar. Que Tú nos hables y nosotros te respondamos. Que nosotros te hablemos y Tú nos respondas. En coloquio íntimo, en admirable comunicación de idiomas. Por eso, no sólo te llamamos “Maestro”, sino que nos sentimos por tu cariño, invitados a tu casa. Nos has dado tanta confianza, que nos atrevemos a decirte como al hermano mas confiable: “¿Dónde vives?”(Jn 1,38).

En esta nueva aventura de la preparación del sacramento del matrimonio, me parece que nos encontramos en este instante de gracia. Vosotros habéis venido a ver a Jesús, con un gesto silencioso de amor y cercanía. Él os hace la pregunta viva que os capacita para sincerar vuestros corazones. “¿Qué buscáis?”. Ahora es cuando Él aguarda a vuestra puerta. No tengáis miedo a que Él empuje la puerta y os comprometa a lo que no sentís, ni creéis, ni vivís. Su pregunta os avoca a la hondura de la sinceridad de la libertad. Podéis entrar dentro de vosotros mismos y personalmente o/y comunitariamente preparar la respuesta. Él os aguarda y os espera. “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Apoc 3,20).

Si encontrarais en vuestro corazón el latido de la fe, para acercaros a la sacramento del matrimonio, “sacramento de la fe”, o si no lo encontrarais, pero queréis buscarlo, confiaros a Él. Y El os dirá como en aquel relato de Juan. “VENID Y LO VERÉIS” (Jn 1,29). Él os invitará a venir a su casa, que es su iglesia, en donde Él, preside la mesa y dice la palabra, y parte el pan, y reúne el corro de la fraternidad y abre el camino hacia delante. Y seguro que a la puerta de casa encontraréis la misma palabra de siempre. “Entrad. Está la mesa puesta, la luz prendida y la puerta abierta”.

Con la paz y el gozo de su amor. Vuestro hermano.  
Marcelino.

## **“Vosotros sois mis hermanos” “Vosotros sois mis amigos”**

11/2/95

A los padres y madres, que desean prepararse al sacramento del bautismo de sus hijos.  
A los padres y a los niños, que desean prepararse al sacramento de la eucaristía primera.  
A las parejas de jóvenes, que desean prepararse al sacramento del matrimonio.

“La gracia y la paz de Dios nuestro Padre y de Jesús, Cristo, el Señor nuestro”

Con gran alegría me he puesto en camino hacia vuestras casas, para cumplir el encargo, que me hizo el Señor de parte suya: “Vete a decirles a mis hermanos” (Jn 20,17). Vosotros os habéis acercado antes, movidos por su gracia, a la casa común de la parroquia para pedir los sacramentos para vosotros y para vuestros hijos. Jesús se alegra cuando los hermanos se acercan a Él, buscando su amor y les dice: “¿Qué buscáis?” (Jn 1,37). Pero después de escuchar su primera respuesta, les invita a sentarse largamente con Él, para poder compartir la conversación en íntima sinceridad y en entrañable cercanía. “Venid y lo veréis”. “Fueron, pues, donde vivía y se quedaron con El aquel día” (Jn 1,39) Al tener que ir a vuestras casas para decirlos de parte suya “venid y lo veréis”, me sentía pequeño, “débil, tímido y tembloroso” (1Cor 2,3). Tenía que prestar la voz, pero la palabra tenía que ser la suya; tenía que prestar mis ojos, pero la mirada tenía que ser la suya; tenía que prestar las manos pero la ternura tenía que ser la suya. Era él mismo el que quería llegar hasta vosotros (Mt 10,40). Por eso oraba largamente antes de visitaros y le pedía con corazón inmensamente confiado que me diera su mismo amor, ya que Él quería hablaros al corazón con la palabra viva de su corazón abierto (Jn 19,34).

La verdad es que me habéis acogido como a hermano y amigo. Los padres habían llegado cansados del trabajo, las madres ya tenía el corro a punto, los chavales se sentaban a la mesa con nosotros. ¡Que gran alegría! ¡Cuánto agradecimiento siento! Al acogerme con ese amor y esa sencillez, reconocía a su vez en vosotros el rostro de Jesús, que se esconde y se deja encontrar en sus hermanos más pequeños. Comprendía que había sido Él, quien nos había reunido y quien estaba en medio de nosotros, a la cabecera de la mesa. “Porque donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de vosotros” (Mt 18,20). Por eso nos sentimos envueltos en la confianza, nos atrevimos a decir la verdad con sinceridad y pudimos comprendernos y acogernos a corazón abierto. Nunca habíamos tenido un encuentro tan íntimo en el corazón de la familia. Por eso, al caminar por vuestras casas, encontraba aliento y esperanza para avanzar en esta senda de dejar abiertas de para en par la fuente inagotable de la gracia, escondida en los sacramentos del Señor, heridas gloriosas de su cuerpo, fuente de vida nueva para estos pueblos nuestros, para toda la humanidad y para la creación entera. Hoy, ya casi terminada mi primera visita, os escribo a todos una carta abierta, para ahondar nuestra conversación sobre algunas palabras centrales, que centraron nuestro encuentro. Seguro que al volver a releer juntos, el pequeño cuaderno, que os dejé para que fuera sencilla brújula del camino, adivináis precisamente cuales son.

## EL ENCUENTRO EN LA MESA GRANDE

Para prepararnos a los sacramentos del Señor, debemos sentarnos a la mesa de la eucaristía del domingo. En este día, fiesta primordial, el mismo Señor, a la cabecera de la mesa, nos entrega el memorial de su Pascua gloriosa. Esta mesa ha de ser el centro y la cumbre, el arranque y el término de todo nuestro camino de preparación hacia los sacramentos, pues de ella parte y a ella conduce todo el camino del evangelio, por donde camina la iglesia, sobre las mismas huellas del Señor. Seguramente notasteis el amor y la firmeza con que os pedía y os lo suplicaba. “Os lo pido de rodillas”, os dije en ocasiones. ¿Que sería de un hijo, que no se sentara cada noche a la mesa de la cena de familia, cena de sacrificio y de hermandad, llegada y comienzo de toda aventura de la familia? Sin esa mesa, no acabaría de encontrar el cariño hondo de sus padres, sin se sentiría estrechamente unido al acorro de sus hermanos, ni se sentiría responsable de llevar adelante la casa común, no se vería alentado a hacer el camino del amor compartido detrás de los padres, que encabezan siempre la marcha.

En la mesa pascual del “día del Señor” (el domingo), bajándose El de la cruz gloriosa y poniéndose a la cabecera de la mesa, en el corazón de la iglesia y del mundo, nos dice a todos primero y después a cada uno: “¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando en torno a los que estamos sentados en corro a su alrededor, dice: “Estos son mi madre y mis hermanos” (Mc 3,33-34). Vosotros sois “mis hermanos” (Mt 28,10). Así aparece ante nuestros ojos desde el principio nada mas sentarnos a la mesa. “La gracia del Señor Jesucristo, el Amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros” (1Cor 13,13). Desde la mesa pequeña de la casa hemos pasado a la mesa grande de la mesa común y se nos ha ensanchado el corazón y la mirada. Aquí también tenemos un Padre, que está sobre todo, en medio de todos, acogiendo a todos. Y a su lado, un Hermano mayor que se entregó por todos y encabeza a todos. Y un mismo amor, que pasa del Padre al Hermano mayor y del Hermano mayor a todos los pequeños, abrazados y estrechados contra su corazón. “Un solo cuerpo y un solo Espíritu”. Un solo Señor...un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos” (Ef 4,4-5).

¿Qué es la iglesia, entonces? La gran familia de amor, que el Padre, ha reunido por manos de su Hijo, con el amor del uno y único Espíritu. La familia de los que son hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano, herederos en el Heredero (Gal 4,4-7; Rom 8,14-17/Gal 3,27-28; 1Cor 12,12-13) Por eso en torno a la mesa del Señor, donde se reúne toda la iglesia, una, santa, católica y apostólica, en donde se escuchan todos los gozos y todas las esperanzas, las tristezas y angustias de todos los hombres, y sobre todos de los pobres, encontramos la anchura del corazón y de la mirada para comenzar el camino de la preparación hacia los sacramentos de la fe. Es en esta mesa de la alianza nueva, sellada con la sangre del Hijo del amor, donde se descifra la historia de la misericordia entrañable, que se nos da primero en la palabra, palabra que después se hace pan partido y por fin camino compartido. No podemos, pues, comenzar, el camino hacia donde nos encontrará el Señor, sino es partiendo de esta mesa. Pero ya ensanchando la mirada en cuatro miradas:

- La mirada del Hijo mayor, nuestro Señor Jesucristo, rostro luminoso y amable del Padre, en la llama viva del Espíritu Santo.
- La mirada a la gran familia de la iglesia, en cuyo corro grande suceden los sacramentos.

- La mirada a la mesa del Reino, puesta ya entre nosotros, para ponerla luego en medio del mundo.
- La mirada al camino, que el Señor abre con sus huellas, desde la mesa a la travesía de la historia.

El Señor, su iglesia, su Reino, su camino. Los sacramentos son sacramentos de la salvación y sacramentos de la fe, porque son sacramentos de Cristo, sacramentos de su iglesia, sacramentos de su Reino, Sacramentos de su camino. A lo largo del camino de nuestra vida, al nacer y al crecer, al madurar y al tener que darnos, al extraviarnos y al entrar en la noche, el mismo Señor en esta mesa, nos abraza con sus manos abiertas y heridas en sus sacramentos. Y en todos, aunque de manera distinta, nos entaña en su corazón, nos sienta en el corro de su comunidad, nos alienta al trabajo por su mesa común, nos da la mano para seguirle de cerca, al lado y detrás de Él, en su camino. Ahora comprendéis por que la eucaristía del domingo es la gran catequesis que nos adentra en el misterio (“catequesis mistagógica”) de sus sacramentos.

Con gran atención he escuchado vuestras respuestas a mi propuesta sencilla y firme. Me habéis contado con toda sinceridad las posibilidades, las dificultades (a veces me habéis dicho insuperables) y también las preguntas de fondo, que tenéis para acercaros a la mesa del señor. Las he anotado con el mayor amor. Y desearía continuar con el diálogo, que ya empezamos en torno a vuestra mesa. Ya visteis como manifesté un sincero respeto a la situación de cada hermano, tal como la vivís en vuestro corazón. Se trata de poner luz en las preguntas y fuerza en las dificultades. Tanto es lo que en la mesa nos da el Señor y tan hondamente nos allega a Él. A lo largo del “Año litúrgico”, en esta mesa pascual, se nos da y se nos descifra el misterio de su Amor irrasuble, en el que vivimos, nos movemos y existimos. Cada domingo, en la cena del Señor:

- se nos da todo el amor de su Pascua, en la Palabra proclamada y en el Cuerpo roto y la Sangre vertida del Señor, en donde se encierran todos sus sacramentos (1Cor 11,23-25)
- pero se nos da también en el “credo”, toda la respuesta a este amor, pues sólo podemos celebrar los sacramentos en la fe de la iglesia, que asume y sobrepasa la nuestra (1Cor 15,3-5)

El diálogo sencillo, que hemos iniciado, es ya un comienzo verdadero y transparente, sin que medie “el que dirán” de la presión social, para encaminarnos al hogar común, en donde se nos da y se nos descifra el Gran Sacramento que es Cristo mismo, aparecido en el sacramento de la iglesia. ¿Cómo podemos continuar ahondando en nuestras dificultades y posibilidades para avanzar “poco a poco”, en camino, por sus pasos, acompasando los nuestros, desde el corazón que se abre en libertad a su Palabra, que es la que convierte y congrega? Tendremos que hacerlo despacio, en esta cercanía de hermanos, que el Señor mismo nos ha abierto.

## EL ENCUENTRO EN LA MESA PEQUEÑA

Pero Jesús me había encargado, no solo que os dijera “vosotros sois mis hermanos”, sino que al tiempos dijera “vosotros sois mis amigos” (Jn 15,14). Es mucho mas ser hermanos, que ser amigos. ¡Ojalá todos los hermanos acabáramos siendo amigos! Pero, ¿Qué es en realidad ser amigos? El amigo se confía al otro amigo, le

vuelca a su corazón todos los secretos que lleva en el suyo, Pero, ¿Por qué se atreve a este difícil atrevimiento? Porque siente confianza. Se siente amado con amor tan cercano, tan íntimo y tan fiel que ya no puede vivir vuelto a su propio corazón. Este cariño verdadero que recibe, le alienta a dar una vuelta entera su vida: volverse a aquel amigo, que antes se había vuelto enteramente a él. Así nace un amor hondo, un conocimiento íntimo, una chispa que estremece el corazón y que cambia las raíces del alma, desde donde se pueden cambiar todos los encuentros y todos los caminos.

Seguro que con esta sencilla parábola comprendéis la segunda petición que os hice de parte de Jesús. Visteis en el cuadernito en el que trazábamos el camino hacia los sacramentos de la fe, que había gestos y pasos, que teníamos que emprender dentro de la comunidad, pero había otros que teníamos que emprender antes en vuestra familia. Entre ellos, el más importante, el único que os pedí y supliqué también con amor encarecido fue que iniciarais en vuestra propia casa, un “iglesia en pequeño”, la “iglesia en familia”, una sencilla, viva y verdadera experiencia de oración, con la palabra del Señor, tomada de la mesa común del domingo. Era un gesto, que al escucharos, me pareció que lo veáis primero sencillo, bastante sencillo, pero después os parecía difícil, y casi imposible. También aquí nos encontramos con el comienzo de un diálogo sincero de largo alcance para el futuro de vuestros hijos, de vuestras familias, es decir, para el futuro de nuestros pueblos y esta tierra nuestra.

Un sencillo encuentro de oración, en el corazón de la familia, con el evangelio del domingo sobre la mesa. De la gran mesa común del Señor, partió esta mesa pequeña vuestra. Fue el Señor mismo quien selló vuestro amor (Ef 5,25), con el suyo, y se vino a vivir con vosotros a vuestra casa. Es el Señor mismo, el que puede hacer el milagro de que el esposo y la esposa, os améis con este amor nacido del costado abierto; y con este mismo amor os améis los padres y los hijos; y con ese mismo amor abráis la casa de par en par para amar a todos y sobre todo a los más pequeños. Es verdad que en la mesa grande de la eucaristía pascual se nos entrega toda su Caridad en la Palabra hecha carne. Pero este amor no podemos acogerlo y descifrarlo, si no nos sentamos junto a Él, en un encuentro íntimo de oración personal, cada vez más íntimamente, y no agrandamos un poco el corro en un encuentro sencillo y vivo de oración comunitaria. Es así como vamos pasando de ser hermanos suyos a ser sus amigos, hermanos que acaban siendo amigos. Pues entonces su amor, su cariño entrañable que se ve en su rostro y se escucha en su palabra, pasa por los ojos y los oídos del corazón hasta las raíces más hondas de nuestro ser personal, hasta su más profundo centro. En este encuentro surge la fe, si se había perdido; pero también se enciende la llama ardiente si ya estaba encendida en las entrañas. El momento del nuevo paganismo ha ahecho, que la iglesia nuestra madre subraye que los sacramentos son “sacramentos de la fe”, y que esta fe debemos vivirla antes, en medio y después de los Sacramentos.

Pero, ¿Qué es la fe? ¿No creemos ya que hay Alguien que lleva la marcha del mundo? ¿No creemos mucho más y lo mostramos con obras, que muchos de los que van a misa todos los domingos? Estas preguntas, que nos hacemos en todas las encrucijadas de los caminos de la misión, cuando nos reunimos a conversar con sencillez y alegría, son también un buen punto para empezar y ahondar nuestro diálogo. También aquí una parábola de la vida de los niños nos ilumina la conversación. Cuando un niño tira de la mano de su padre, para traerlo a su camino, se está confiando a él, pero en realidad apenas se confía. Le trae a su terreno, le quiere “manejar”, tirar de la mano para su

propio proyecto, para ir a donde quiere ir él. Pero cuando le mira los ojos y se deja ganar de su cariño y se deja subir a su cadera, se confía más a él, comienza a apoyarse en él. Claramente ha crecido su fe. Su fe no solo se ha hecho más verdadera, sino más profunda. Pero si continúa mirándole, y se siente seducido y arrastrado por el amor de su mirada luminosa y de su palabra encendida, y se cuelga del cuello del padre con los pies sueltos, es cuando se sostiene en él, se ha vuelto al corazón del padre y ahora, abandonando su proyecto interesado, se puede volver al corro de sus hermanos y a la mesa común y al camino compartido, que se abre desde esa mesa.

Esta parábola dibuja muy bien la historia de nuestra fe en el Señor. Nosotros tenemos una fe que hemos recibido como herencia preciosa de nuestros padres ¿No veáis como aparecía, cuando ahondábamos en nuestra conversación? Ha cambiado tanto la sociedad y nuestra vida, que esta fe parece como un rescoldo pequeño, escondido bajo el montón de ceniza, que aparece en la lumbre del amanecer. Pero es ese rescoldo vivo, más vivo de lo que nos imaginábamos, el fuego para encender el hogar del día siguiente. Unos palos pequeños, puestos sobre las chispas del rescoldo, convierten la cocina en hogar habitable y compartido. Hemos de reconocer sin embargo, que somos como los niños, nos acordamos del Señor, cuando nos hace falta para nuestras dificultades y tiramos de su mano para que venga a ayudarnos en el camino de nuestros intereses, que trazan la senda de nuestro presente, de cara a nuestro futuro.

Si necesitamos la fe, para acercarnos, para vivir y continuar los encuentros con el Señor, en sus sacramentos, entonces necesitamos un nuevo encuentro con Él, más íntimo, más cercano, de corazón a corazón, en todo caso con un puñado pequeño de hermanos, que estén dispuestos a la misma intimidad y cercanía, a una confianza que conozca las habladurías y las traiciones. En torno a la mesa pequeña de nuestras casas, podemos empezar una página nueva de la historia de nuestra fe, que responda al amor nuevo que el Señor nos ofrece hoy para hacer la aventura de vuestros hijos.

¿Es tan difícil esta sencilla experiencia? También he anotado con gran interés las sugerencias y las dificultades, que me contabais. Y les doy vueltas en el corazón, bajo la mirada de Jesús. Con el evangelio y los documentos del nuevo Pentecostés de la iglesia entre las manos. La verdad es que me estáis conduciendo más cerca de Jesús. Pero ya en este momento del camino, es tan sencilla la propuesta, que quisiera contároslo por escrito de nuevo, para que también vosotros les deis vueltas en el corazón, la converséis entre vosotros y con toda libertad podáis dar una respuesta en la casa común de la iglesia. No es de una conferencia de lo que se trata, ni tampoco de una conversación sobre lo que está pasando en el mundo, ni siquiera un sencillo intercambio de las dificultades que tenemos en el camino de cada día. Retomando todos estos latidos, es algo más sencillo y más hondo. Es un encuentro de amistad, teniendo en medio al Amigo, que sabemos que nos ama, Jesús.

- Está Él en medio. Un rostro sencillo de su Pascua. La palabra del domingo, en la Escritura Santa. Entonces, cuando venimos del camino, lleno el corazón de nombres, de sufrimientos y alegrías, hacemos silencio. Le pedimos que nos dé su amor, su Espíritu Santo, padre de los pobres, que enciende la luz en los ojos, infunde el amor en los corazones y fortalece la flaqueza de nuestro cuerpo.

- Después a corazón abierto nos contamos lo que nos ha pasado en el camino, lo que hemos vivido dentro y fuera, los latidos del corazón y los acontecimientos de la

sociedad y del mundo. Lo que a cada uno le haya llegado mas adentro. Y un detalle solo, precisamente pequeño. Así hacemos una primera experiencia de vida en común, que después se ahonda.

- El centro del encuentro es la escucha de la Palabra de Dios. Leemos el evangelio. Despacio. Tal como sabemos. Con toda confianza. La palabra suya es amor. Y la vamos dando vueltas en el corazón, pues amor saca amor. Y el amor que se derrama al corazón y se deja que llegue a sus últimas raíces, se va haciendo luz. Amor y luz, amor iluminado. Después nos contamos lo que cada uno ha descubierto y lo vamos ahondando en común. ¿Dejará de haber algún hermano, que nos ayude a un poco más? Ahora compartimos no sólo la vida, sino nuestra fe y nuestra esperanza y nuestro amor. Una vida común, que avanza a tener un corazón y un alma en el Señor.

- Vueltos todos a Él, en un camino de conversión, Él nos vuelve unos a otros en un camino de fraternidad. Pero juntos, poco a poco, nos vuelve al mundo, nos devuelve al camino. Es el momento de preguntarnos por donde van nuestras sendas de cada día y como poder ir poniendo en ellas esta mesa, que el Señor ya ha puesto en medio de nosotros, no solo en el corazón de la iglesia, sino aquí en el corazón de esta familia, de este barrio, de este pueblo. Un pequeño compromiso de servicio podemos descubrir cada uno. Y en ocasiones un servicio común para anunciar el evangelio, ayudar a los pobres y trabajar por la justicia. Cada uno según sus dones y su momento y circunstancias. Sabiendo que los gestos mas pequeños y mas hondos, son los mas necesarios. Y la mirada de los hermanos pequeños de cerca y de lejos, es siempre la más urgente. ¿No adivináis que el encuentro de oración, convertida en fraternidad, es el arranque de un camino común de seguimiento al Señor?

Ahora comprendéis la estrecha relación entre el gesto del ENCuentro EN LA MESA GRANDE y el gesto del ENCuentro EN LA MESA PEQUEÑA. Es el mismo que se ahonda, se entraña en el corazón, para entrar a un camino de conversión, casi diríamos de empezar de nuevo, un “camino de iniciación”. En el pequeño cuaderno hemos dibujado los trazados mas importantes de este camino, sugeridos por los documentos de la iglesia, nuestra madre, que en el Concilio Vaticano II ha vuelto al evangelio de la primera hora y desea que en esta nueva evangelización nos inspiremos en el “modelo apostólico enteramente primero”. ¿Cómo hacían los primeros hermanos al lado de Jesús? ¿Cómo hacían los primeros hermanos que se reunían con los apóstoles? ¿Qué ocurría en la iglesia de los primeros siglos, la iglesia de los padres? Este dibujo, recogido en el “Ritual de iniciación cristiana de adultos” (RICA), está en la base de toda nuestra búsqueda. AL segunda propuesta de la mesa pequeña es un gesto pequeño para aproximarnos a este camino largo y vivo, que los documentos de la iglesia llaman “Catecumenazo”, en sus formas y gestos diversos, pero con la misma clave y el mismo aliento.

“MIRA, QUE ESTOY A LA PUERTA Y LLAMO”

Jesús, el Señor, nuestro Hermano mayor, el Amigo íntimo y verdadero, nunca empuja y fuerza la puerta. “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en casa y cenaré con él y él conmigo” (Apoc 3,20). En mi camino hacia vuestras casas, ¿habré yo empujado y forzado vuestra puerta? El evangelio es absoluta gracia que se ofrece en pura gratuidad. Por eso mismo capacita para la libertad,



casi podemos decir inaugura la libertad. Cuando se acerca el que nos amó de esta manera, se rompen las cadenas de dentro y fuera, se ahuyentan los miedos, se derriban los prejuicios. En su presencia, el corazón se estremece de alegría y podemos hablar con sinceridad y atrevimiento.

¿Habré yo empujado y forzado vuestra puerta? La verdad es que cuando hablamos de los sacramentos, sobre todo del bautismo, de la primera comunión y del matrimonio, que marcan momentos cruciales de la vida, y están enmarcados en importantes fiestas familiares y sociales, he comprendido que nos situamos con miradas y proyecto distintos. Por eso era tan importante que nos viéramos como hermanos al lado del Señor, para decirnos libremente hacia donde se dirigen nuestras miradas. Los intereses como sabéis dan color distinto a nuestros conocimientos. Por eso al ofrecer el evangelio de la gracia, solo con la fuerza de la palabra, os he invitado a situaros con toda libertad. Cuando los hermanos se ven forzados, cuando tienen que cumplir a la fuerza unos papeles, para conseguir lo que desean en el corazón o las circunstancias de la “integración social” exigen, se corre el peligro de esconder lo que se siente, “hacer el papel” que se propone y conseguir la meta, aunque después del sacramento volvamos a donde cada uno verdaderamente está. Lo que deseamos es que cada hermano, todos, pequeños y grandes, puestos donde cada uno está, exprese como se sitúa de corazón ante los sacramentos del Señor.

A mi me correspondía, por su encargo, ofrecer su “gracia y su verdad” (Jn 1,14) Su misericordia es su fidelidad. Su amor solo es el suyo, si se acoge y se entrega en Verdad. Si la gracia no se impone, tampoco se puede apuñar. El que apuña el agua del manantial de la vida nueva, se queda sin agua en las manos y si aquel Manantial es el Manantial de la vida nueva, interminable, se queda sin el último Manantial y se puede perder. Porque la Vida, es decir la libre libertad, el amoroso amor, la gloriosa alegría, solamente es Él. Solo Él salva, únicamente Él, exclusivamente Él, definitivamente Él. Pues solo El es el Hijo Amado, la absoluta novedad, la última plenitud. El único nombre que tenemos para salvarnos (Hech 4,12). En el misterio de los sacramentos, nos jugamos la muerte o la vida nuestra, de nuestros hijos y de nuestra tierra, Por eso los sacramentos del Señor no se pueden ofrecer solamente para los proyectos personales u sociales, sino en su Verdad verdadera, que sume, purifica y sobre-pasa estos proyectos.

El “camino de la iniciación”, contado en el evangelio, traducido por el Concilio, recibido en el Sínodo y descifrado en el largo discernimiento comunitario en nuestras comunidades, ayudados por nuestros hermanos de cerca, se ha convertido para mí en una llamada inaplazable del Señor, que ha alcanzado tanto mi corazón, que tocó lo más hondo de mi conciencia, desde la que deseo responder con la gracia del Espíritu del Señor, que “me ungió para anunciar el evangelio a los pobres”. Tomar otro gesto y otro camino sería para mí una traición al Señor y esto sería la mayor traición a vuestros hijos y a vosotros mismos. Así os lo he comunicado a corazón abierto, con toda la humildad y dulzura que el Señor me va dando, resplandor oscurecido de la suya. Pero al tiempo os he dicho a todos con confianza viva y sencilla que es el Obispo de la iglesia del Señor, que peregrina en Salamanca, sucesor de los apóstoles y nuestro padre común, hermano y amigo al tiempo, quien tiene la última palabra para discernir el trazado, el proceso y la oportunidad de este camino. A él le asiste el Espíritu de forma especial, para reunir y conducir a la iglesia, que el Señor rescató con su sangre (Hech 20,28). Acudid a él, con todas las inquietudes y preguntas de vuestro corazón. Yo os ayudaré con toda mi alma a que podáis hablar con él, como los hijos hablan con su padre. Su decisión, debe ser

acogida por nosotros con profundo respeto. El mismo dijo a los apóstoles: “quien a vosotros recibe, a mí me recibe y me recibe a mí, recibe a aquel que me ha enviado” (Mt 10,40).

Por nuestra parte, deseamos al comenzar la cuaresma, dar ya un paso hacia delante en los encuentros de la comunidad y en las familias, tan estrechamente unidos, para avanzar en este “camino catecumenal” hacia los sacramentos del Señor. Espero que me comuniquéis con toda confianza lo que vais descubriendo y decidiendo. Si alguna familia, no me ha podido acoger todavía para este diálogo primero, yo me ofrezco con toda sencillez y confianza, cuando padre y madre puedan acogerme para hablar a corazón abierto. Vosotros sois, también para mí, mis amigos y mis hermanos. Basta un sencillo aviso. Para ofrecer ya vuestros puntos de vista y vuestra posición ante el camino, que hemos descubierto, puedo yo acercarme de nuevo a vuestras casas, con calma. La alegría de encontrarnos es ya un paso firme en el camino. Pero también podéis venir a la casa parroquial. Lo que si os pido es que al venir no vengáis de prisa ni de paso. Siempre dice Jesús al invitar: “Venid y lo veréis”. Así podremos trazar el camino sencillo, desde la situación de cada familia, desde los rostros y los momentos distintos, para que este encuentro hondo y vivo de la conversación, se haga mas abierto, en lo que depende de nosotros. Contamos siempre con su inmenso amor, que se desborda “mucho mas” siempre, cuando parece que es mas oscura la noche (Rom 5,18-21).

A El, nuestro muy amado y Hermano y Señor;  
el que es el mismo ayer, hoy y por los siglos;  
el camino, la verdad y la vida;  
el que anuncia el evangelio y el evangelio mismo,  
el Señor de lo imposible,  
el que iluminará, fortalecerá y ensanchará  
nuestros corazones con su Amor incontenible,  
el que avanzará delante de nosotros,  
mas allá de lo que nosotros somos capaces de esperar  
y nos atrevemos a suplicar.  
A Él la gloria por los siglos.

Vuestro hermano menor  
Marcelino

Hacia la Pascua del Señor 95.

## “Abrazo de comunión”

12/2/95

A D. Mauro, obispo y hermano,  
la gracia y la Paz de JESÚS,  
nuestro muy amado HERMANO Y SEÑOR.

Con gran alegría le doy gracias a Él, “manso y humilde de corazón”, porque le inspiró el gesto de acogida, “como un padre a sus hijos”, con nuestras hermanas, que desearon confiarles sus inquietudes por la primera comunión de su hijo. Al volver, ellas me contaron sus sugerencias sobre el momento y el camino, que tenemos que seguir, para ayudarles a que se sienten en la mesa del Señor, memorial de su pascual gloriosa.

De corazón acojo y acepto estas sugerencias. En Ud., sucesor de los apóstoles y padre común, reconozco y venero a Cristo mismo, cabeza del universo en la iglesia, que se hace presente y se deja encontrar en sus apóstoles. Él mismo les dijo al enviarlos: “Quien a vosotros recibe a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a aquel que me ha enviado”.

El mismo Señor, que nos “ungió en la unidad de la consagración y misión”, “si es de su voluntad me abrirá camino, para llegarme” a Ud. como padre, hermano y amigo, y así confiarle los latidos apostólicos de mi corazón por “causa de la verdad del evangelio”.

Con infinita confianza suplico al Espíritu del Amor, uno y único en Él y en nosotros, que me asocie con sus gemidos inenarrables al “Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra fe”. “Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ello también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado”.

“A Aquel que tiene poder para realizar todas las cosas, incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o sospechar, según el poder, que actúa en nosotros, a Él la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones y todos los tiempos. Amén”

Abrazo de paz en su gracia.  
Marcelino Legido

## “Que todos sean uno”

26/2/95

A D. Mauro, nuestro pastor y padre,  
la gracia y la paz de JESÚS CRISTO, SEÑOR NUESTRO,  
el que nos amó hasta la muerte, y muerte de cruz,  
el que, levantado sobre la tierra, atrae a todos hacia si,  
el gran pastor de las ovejas, en la alianza nueva de su sangre.

Bendito sea Dios, Padre de “nuestro Señor Jesucristo, que en los obispos, a quienes asisten los presbíteros, está presente en medio de los hermanos como pontífice supremo”. Sentado a la derecha del Padre, preside nuestra mesa y encabeza nuestra marcha. En el aliento del Espíritu Santo, a través de las manos de sus apóstoles, convoca a los hermanos con su palabra, los entraña en su cuerpo por sus sacramentos y los encamina con su cayado por la senda de sus huellas. En esta iglesia suya, sacramento e instrumento, germen y senda de su reino, familia de hermanos, nueva humanidad de la nueva creación, esta iglesia amada, que “es su cuerpo, la plenitud del que lleva el universo a su plenitud”.

Las sugerencias, que Ud. me hizo a través de las hermanas sobre el camino hacia los “sacramentos de Cristo”, “sacramentos de la fe”, nos avocan a un paso nuevo, en el largo camino ya emprendido, y nos abren a una hora de gracia irrasurable. A lo largo de estos días me estoy reuniendo, como hermano y amigo, con todas las familias que habían pedido celebrar en nuestras comunidades los “sacramentos de la iglesia”. Despacio, a corazón abierto, compartimos el “coloquio de la gracia”. “En estos diálogos acerca de la salvación, han de ir siempre unidas la verdad con la caridad, la inteligencia con el amor. Para ello es necesario, que se caractericen por decir las cosas claras y al mismo tiempo con humildad y delicadeza, y con la debida prudencia, unida, sin embargo, a la confianza. Esta, en efecto, por su naturaleza, une a los espíritus, pues favorece la amistad”.

Antes y después de estos diálogos, me propongo orar al Padre, como Jesús, el Primogénito, en el aliento del Espíritu Santo, su oración apostólica por la unidad. “Que todos sean uno”. “Que sean consumados en la unidad, para que el mundo crea que tu me has enviado”. Al ver el camino, desde su oración, y al intentar existir su oración desde el camino, comprendo que la urgencia de esta hora es la unidad de la iglesia. Corremos todos el peligro, al menos así me parece, de perder de vista el misterio de la unidad de esta iglesia, que el Padre ha reunido por la sangre de su Hijo, en el fuego del Espíritu Santo. Es este el motivo de mi carta, que recoge algunos latidos del camino misionero, para que esta hora de gracia, no lo sea de ruina. Una senda hacia los sacramentos en el corazón de la iglesia y del mundo, desvela la espesura de nuestra existencia en situación, la profundidad nos cita a la veracidad, que solo sucede cuando se abrazan la misericordia y la fidelidad.

El camino de “aliento catecumenal”, centrado en la eucaristía del día del Señor, centro y cumbre, arranque y término, que con esmero veníamos cuidando desde hace algunos años, da paso a un aliento nuevo, desde el que hemos de configurar, por causa

de la unidad, todos los sacramentos de nuestras comunidades. Ahora con la gracia inestimable de su presencia, como sucesor de los apóstoles y padre común. Los obispos “por medio del ministerio de la palabra comunican la fuerza de Dios a todos aquellos que creen para la salvación y por medio de los sacramentos, cuya administración verdadera, que lleva fruto, ordenan, santifican a los fieles”. Es una gracia grande, que al buscar camino sencillo y concreto a sus sugerencias en este “coloquio de la gracia”, aparezcan nuestras luces y nuestras sombras, nuestros intereses y nuestras generosidades, nuestros tropiezos y nuestras brechas. Pero es una gracia mas grande aun el sentarnos de lleno en la mesa común de la iglesia, “bajo el obispo”, “nada sin el obispo”, por donde el Señor se abre camino victorioso para recapitular todas las cosas en alabanza de gloria del Padre. Hora de gracia, que yo desearía vivir con un corazón expropiado en el corazón del Señor, suplicándole su humildad y mansedumbre para cantar jubilosamente el admirable misterio de su iglesia, “sacramento universal de salvación”. Es en esta luz gozosa de la unidad del Misterio, en donde lo confío algunos latidos y preguntas de la misión.

El Espíritu nos adentra mas adentro en el corazón de la iglesia. “Nadie puede poner otro cimiento, que el ya puesto, JESUCRISTO. Pero, al tiempo, confesamos estar “edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo mismo la piedra angular”. Vivimos, nos movemos y somos en esta iglesia, santa y amada, “misterio del Verbo encarnado”. En ella, el obispo, es el “principio y fundamento visible de la unidad de su iglesia particular, formada a imagen de la iglesia universal”. Iglesia de comunión, iglesia local, “en que verdaderamente está y obra la iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica”. Vivimos, pues, en la “indivisa catolicidad de la iglesia”, en la “universal sociedad de la caridad”. Los presbíteros, al comulgar con los obispos, “en la misma unidad de consagración y misión”, “el mismo y único sacerdocio y ministerio de Cristo”, hemos de vivir unidos a nuestros obispos, un corazón y un alma con ellos, como cooperadores de aquellos, que ha recibido la plenitud del carisma apostólico, en “comunión jerárquica”, “en unidad confiada y magnánima”, trabajando en la porción del Señor, que nos ha sido confiada. Hacemos presente en cada lugar “a la iglesia universal” y podemos aportar ayuda entrañable a “la edificación del Cuerpo total de Cristo”. Estremecidos nuestros corazones de alegría, podemos confesar que “en estas comunidades, por mas que con frecuencia sean pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, Cristo está presente, el cual con su poder da unidad a la iglesia una, católica y apostólica. Porque la participación el cuerpo y sangre de Cristo no hace otra cosa, sino que pasamos a ser aquello que recibimos”.

“Inmersos en la luz de su palabra hecha carne”, permanecemos sin embargo, “en lugar oscuro hasta que despunte el día y el lucero de la mañana se levante en nuestros corazones”. Escondidos en la sombra de sus manos nos vemos animados a la búsqueda común para el discernimiento en el Espíritu. Por ello mis preguntas de los “papeles del camino y la esperanza”.

¿Cómo dejar aparecer solo sus manos?

Es el mismo Señor, el que en la celebración eucarística constituye y sostiene, en unidad indisoluble, las manos de sus apóstoles para entregar su único pan y su única copa y pasarnos así a todos el latido único de su vida. Es el mismo quien aún y mantiene unidas las manos de sus apóstoles, en su pastoreo por el camino para que no haya más que “un solo rebaño y un solo Pastor”, ¡Él! En la búsqueda del camino hacia

los sacramentos del Señor nos ofrece la gracia de que nuestra “fraternidad sacramental” se haga “fraternidad íntima”.

¿Cómo podrán los hermanos ver solamente sus manos?

¿Cómo evitar el riesgo de que se encuentre mirando en direcciones distintas? Le suplico su “Espíritu sin medida”, para unirnos “sobre todo en los lazos de la caridad sobrenatural”, en la “consociación de la voluntad”, en la unión “confiada y magnánima”, únicamente en al cual se “hace fecunda nuestra acción pastoral” compartida. ¡Cuánto me alienta adivinar, sin embargo, que nos son nuestras manos las que sostienen el pan y llevan el cayado! ¡Es su pan el que sostiene nuestras manos y su cayado el que sostiene nuestros pies!

¿Cómo dejar que aparezca solo su corro?

Desde siempre se me grabó hondamente en el corazón aquella palabra dicha en el cenáculo de Pentecostés. “Ellos, ejerciendo en la medida de su autoridad, el oficio de Cristo, Cabeza y Pastor, reúnen la familia de Dios, como una fraternidad, animada y dirigida hacia la unidad, y por Cristo en el Espíritu, la conducen hacia el Padre”. Siempre, cuando pasan a primer plano los rostros de los apóstoles y no permanecen en la absoluta relatividad y transparencia, los hermanos corren el peligro de dividirse en grupos de Cefas, de Pablo y de Apolo, sin que lleguen a ser de Cristo. El evangelio, reducido a herramienta de promoción social, puede usarse en la lucha por el poder. ¡Tan gratuitamente se deja ver la gracia!

¿Qué ocurriría cuando surgen tensiones en una familia, si cada hermano consigue lo que pretende “pasando” de la mesa común? ¿No sería esa la mayor desgracia para todos? ¿Como aunar misericordia y fidelidad, caridad y verdad, insistencia y humildad para corporeizar el corro indivisible de la comunidad? ¿Cómo cantar juntos “un solo cuerpo y un solo Espíritu...un solo Señor...un solo Dios y Padre de todos” y al tiempo acogernos como “santos y amados”, con “entrañas de misericordia, mansedumbre y paciencia, dándonos en gracia unos a otros, como el Señor se dio en gracia” a nosotros? Bien sé que el “Señor de los siglos”, suavemente, pacientemente, sabiamente, “lleva adelante el propósito de su gracia mediante la unidad de su iglesia”.

¿Como dejar aparecer solo su mesa?

La iglesia del Señor es germen y senda de su reino en el mundo, hasta que, vencidos todos los poderes, Él mismo entregue el reino al Padre, para que el sea todo en todas las cosas. En las entrañas de la iglesia sucede ya el sacramento del reino, la mesa del memorial de su pascua, que por sus manos se va poniendo por los caminos del mundo. La señal de la inauguración en ella del “año de gracia del Señor” es que “los pobres son evangelizados”. En la fiesta del cambio de puestos, los últimos pasan a servir con el Señor, a la cabecera de la mesa. La unidad de la iglesia solo se puede corporeizar, curando los pobres están en su corazón, cuando se deja que los pequeños vengan a él, sin encontrar escándalo en el camino.

Si se escandaliza uno de “estos pequeños que creen”, porque no entramos al “mismo camino del Señor”, ¿podremos llegar a ser todos uno, “para que el mundo crea” es decir para que se sienta amado y salvado por el? ¿No se escandalizarán nuestros niños, cuando con ocasión de la mesa del Señor vean con sus ojos una disputa mundana

de poder? ¿No se escandalizarán los discípulos, que intentan con fidelidad e incluso con persecución vivir la palabra del evangelio, traducida por el concilio y recibida en el sínodo? ¿No se escandalizarán los apóstoles, que entre la urgencia y el desaliento esperan una “renovación de la vida sacramental”, “por la vida del mundo”? Y al mismo tiempo, ¿Cómo aclamar con nuestras voces y todo el afecto del corazón al que murió en el madero, en escándalo insuperable, para que nadie, sino es uno mismo pueda arrancarse de su mano?

¿Cómo dejar aparecer solo su camino?

Los hermanos más pequeños escuchan con asombro y gozo, como todos de “cualquier estado y condición de vida están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad”, todos llamados a “seguir a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, para participar en su gloria”. Solo queda como camino el “anonadamiento del Salvador”, la “senda estrecha que lleva a la vida”.

El camino de iniciación a los sacramentos, ¿tiene trazados distintos o es un trazado único con distintas y progresivas andaduras. ¿No habrá que pasarse con los dos pies al camino estrecho, aunque después lo recorramos de manera distinta, a impulsos del Espíritu Santo, de la mano maternal de la iglesia?

La llamada a una conversión continua, permanente exige el rechazo entero y la adhesión entera, para dar vista a la plenitud del Amor, que es Aquel mismo, que desde abajo nos levanta a sus hombros como el águila que “revolotea sobre sus polluelos, extiende sus alas, los toma y los lleva sobre sus plumas”. Mas este camino tan audaz “se actúa, sin embargo, con pasos que conducen cada vez más lejos. Se desarrolla así un proceso dinámico que avanza gradualmente con la progresiva integración de los dones de Dios y de las exigencias de su amor definitivo y absoluto de toda la vida personal y social del hombre”. ¿No urgirá dejar aparecer su camino, para que el Fuego del Espíritu encienda a los pobres, que han de ser los mensajeros de la nueva evangelización con la novedad de la “hora enteramente primera”.

Los sacramentos, heridas abiertas de su cuerpo, realizan y expresan la unidad. Por causa de la unidad de la iglesia, e sus únicas manos, de su único corro, de su única mesa y de su único camino como “obra obrada” del Señor, me ha parecido un agracia sus sugerencias. Pero con ellas se debe diseñar todo el camino de los sacramentos en nuestras comunidades. He suplicado a los hermanos, que desean celebrar el bautismo y el matrimonio, que también le visiten para acoger sus sugerencias. Tal vez alguno más se acerque en su búsqueda. Agradezco al Señor la acogida entrañable, que Ud. siempre le ofrece, no solo como padre, sino también como amigo cercano.

También a mí el Señor, “si es de su voluntad, me abrirá camino para allegarme a Ud. Alcanzado por “la verdad del evangelio”, “Cristo en nosotros”, “el crucificado Señor de la Gloria”, que se entregó “gratis”, “en su gracia”, “en su sangre”, continuó buscando esa verdad, apenas adivinada, con corazón quebrantado y humillado, dejándome guiar por el “Espíritu de la verdad”, que va delante hasta conducirnos a todos juntos a la “verdad entera”, el “esplendor de la verdad”. Cuando vaya no será para “comunicar algún don espiritual”, sino el gozo de cantar juntos al Señor, Cabeza del universo en la Iglesia. “Para sentir entre vosotros el mutuo consuelo de la fe común, la

vuestra y la mía”. ¿No podrían ayudarme en comunión a buscar mas aun y a”hacer la verdad en el amor?”.

“¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuan insondables son sus designios e irrastreables sus caminos! En efecto, ¿quién conoció el pensamiento del Señor? O, ¿Quién fue su consejero? O, ¿Quién le dio primero para que tenga derecho a la recompensa? ¡Porque de El y por El y para El son todas las cosas! ¡A El la gloria por lso siglos! Amén”.

Abrazo de paz en su gracia  
Marcelino Legido



## Camino hacia los sacramentos del Señor

“por el bautismo fuimos incorporados a su MUERTE”

- 1.- La Eucaristía del domingo a lo largo del año del Señor (el “año litúrgico”).  
Familia + comunidad.
  
- 2.- Encuentro de la comunidad (catequesis).
  - experiencia de oración
  - experiencia de fraternidad
  - experiencia de servicioCon la Palabra del Señor en la Mesa  
Santa Biblia + evangelio + catecismo + Ritual el Sacramento del Bautismo
  
- 3.- Encuentro en pequeña fraternidad.
  - experiencia de oración
  - experiencia de fraternidad
  - experiencia de servicioCon la Palabra del Señor en la Mesa  
Santa Biblia + Evangelio del domingo.
  
- 4.- Encuentro abierto de profundización hacia el “catecumenado”
  
5. Encuentro en la mesa grande  
Día de retiro y oración y convivencia  
Hacia la gran comunidad.  
Para trabajar por el Reino de Cristo en el mundo, hasta que vuelva.